



Mirarán al que traspasaron...
Ha brotado la VIDA y el perdón.

Fragmento del Evangelio comentado por Don Dolindo Ruotolo en el libro La

Sagrada Escritura

Escuela de Lectura Vive de Cristo, Sor Leticia OP

Evangelio según san Juan 19, 31-42

Los judíos entonces, como era el día de la Preparación, para que no se quedaran los cuerpos en la cruz el sábado, porque aquel sábado era un día grande, pidieron a Pilato que les quebraran las piernas y que los quitaran.

Fueron los soldados y le quebraron las piernas al primero y luego al otro que habían crucificado con él; pero, al llegar a Jesús, viendo que ya había muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados, con la lanza, le traspasó el costado, y al punto salió sangre y agua.

El que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice verdad, para que también vosotros creáis. Esto ocurrió para que se cumpliera la Escritura: «No le quebrarán un hueso»; y, en otro lugar, la Escritura dice: «Mirarán al que traspasaron».

Después de esto, José de Arimatea, que era discípulo de Jesús, aunque oculto por miedo a los judíos, pidió a Pilato que le dejara llevarse el cuerpo de Jesús. Y Pilato lo autorizó. Él fue entonces y se llevó el cuerpo.

Llegó también Nicodemo, el que había ido a verlo de noche, y trajo unas cien libras de una mixtura de mirra y áloe. Tomaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en los lienzos con los aromas, según se acostumbra a enterrar entre los judíos.

Había un huerto en el sitio donde lo crucificaron, y en el huerto, un sepulcro nuevo donde nadie había sido enterrado todavía. Y, como para los judíos era el día de la Preparación y el sepulcro estaba cerca, pusieron allí a Jesús.

¿Por qué a Jesús no le quebraron las piernas?

Los soldados habían recibido la orden de quebrar las piernas a los tres crucificados y, en su rudeza, sin duda lo habrían hecho también a Jesús; pero Dios no lo permitió. El evangelista remite a las ceremonias prescritas para comer el cordero pascual y observa que el Señor había prohibido que se le rompieran los huesos (cf. Ex 12,46; Nm 9,12).

Ahora bien, el cordero era figura de Jesucristo, y el mandato de no quebrarle los huesos se refería principalmente a Él en este último acto de su sacrificio. Ese mandato, como es evidente por el hecho, atravesó los siglos y, por decirlo así, resonó en cada familia que celebraba la Pascua y en cada cordero que, simbolizando al Redentor, era inmolado; de figura en figura llegó hasta el Calvario y se detuvo en la realidad, en el verdadero Cordero. Resonó en el alma de los soldados, sin que ellos mismos lo advirtieran, dominó su voluntad y los obligó así a no quebrar las piernas de Jesús.

La lanzada al Corazón de Jesús

Cuando los soldados comprobaron que Jesús ya estaba muerto, no se atrevieron a quebrarle las piernas, como se ha dicho; pero uno de ellos, probablemente el jefe del pelotón, para asegurarse de su muerte, empuñó la lanza y le asestó un golpe violentísimo en el Corazón, atravesándolo.

La lanza consistía en una asta robusta de madera terminada en una punta de hierro de forma ovalada, del ancho de una mano; la herida, por tanto, fue amplia y profunda, tan grande que, después de la Resurrección, santo Tomás dijo que quería meter en ella la mano.

Las antiguas pinturas representan a Jesús traspasado en el lado derecho, quizá por una ilusión óptica, porque la derecha corresponde a la izquierda del pintor que pintaba; pero todo hace pensar que Jesús fue traspasado precisamente en el lado izquierdo, directo al Corazón, ya que es evidente que el soldado quiso darle un golpe que habría debido rematarlo si no hubiera estado ya muerto.

El agua, además, que brotó de allí, pertenecía al pericardio, es decir, a la membrana que envuelve el Corazón; y la sangre, a las aurículas.

La Vulgata dice que el soldado abrió de un golpe el costado; el texto griego dice, en cambio, atravesó, perforó, lo cual indica aún mejor que el golpe fue profundo.

Habiendo muerto Jesús hacia las tres de la tarde y habiendo ido los soldados para quebrarle las piernas aproximadamente una hora antes de que comenzara el sábado, es decir, hacia las cinco, Jesús llevaba ya unas dos horas muerto. Científicamente, la sangre ya no podía ser líquida y, por eso, san Juan considera como un hecho extraordinario y milagroso que brotara junto con el agua, es decir, con el líquido que se había acumulado en el pericardio.

El hecho era tanto más extraordinario cuanto que Jesús había derramado torrentes de sangre, como atestigua el mismo evangelista, y no podía haber más en las venas ni en las arterias. San Juan quedó tan impresionado que dio gran importancia a este hecho y lo repite, declarándose testigo ocular; y no se puede afirmar, sin temeridad, que su impresión se deba a una sobrevaloración del fenómeno. Incluso si se quisiera admitir que podría haber sucedido sin milagro, no se puede admitir, precisamente por el testimonio de san Juan, que no haya habido un milagro y, sobre todo, un milagro de amor.

San Juan no quedó tan impactado por el fenómeno en sí como por la impresión que dejó en su alma, porque en aquel hecho había un último misterio de amor por parte de Jesús: Él era el nuevo Adán dormido en la muerte y, de su costado, de su Corazón, se formaba la

Iglesia, como reconocen todos los Padres. Él daba el agua para congregarla y la sangre para vivificarla: el Bautismo y la Eucaristía, los sacramentos del renacimiento espiritual y de la vida sobrenatural.

Aquella agua y aquella sangre descendieron sobre María, sobre san Juan y sobre la Magdalena, los más cercanos a la Cruz; es decir, sobre la Madre de la Iglesia, sobre el sacerdocio y sobre la humanidad pecadora; porque la Iglesia, confiada a María, debía ser vivificada por el sacerdocio y debía acoger a los pecadores para devolverlos a Dios.

Jesucristo quiso abrir su Corazón divino como último testimonio de amor a la humanidad y, atrayendo la atención hacia la herida de su costado, quiso atraerla hacia su Corazón, fuente de misericordia y de nuevas bendiciones para los últimos tiempos de la historia del mundo.

El evangelista hace notar que con aquella herida en el Corazón de Jesús se cumplía una palabra de la Escritura: «Mirarán al que traspasaron». La cita, que no es literal y proviene de los Setenta, se refiere a una profecía de Zacarías (12,10), en la cual se anuncia la conversión de los hebreos en los últimos tiempos del mundo.

La profecía dice así: «Derramaré sobre la casa de David y sobre los habitantes de Jerusalén el espíritu de gracia y de súplica; y mirarán a Aquel a quien traspasaron; y harán duelo por Él como se hace duelo por un hijo único, y llorarán por Él como se llora por un primogénito». El profeta anuncia indirectamente la herida del costado de Jesús, diciendo que los hebreos verán a Aquel a quien traspasaron, y el anuncio profetiza su conversión.

Él considera como una sola cosa dos acontecimientos separados por larguísimos siglos, porque los contempla en Dios, en quien todo está presente: los hebreos contemporáneos de Jesús pasan por el Calvario y miran a Aquel a quien traspasaron, pero no se convierten; al final de los tiempos se convertirán y mirarán a Jesús, crucificado por ellos y traspasado, llorando amargamente su pecado.

Jesús fue traspasado por el soldado, pero aquella misma herida fue consecuencia del delito de los hebreos; y así como ellos lo crucificaron, aunque materialmente lo hicieran los verdugos, así también lo traspasaron tanto en las manos y en los pies como en el costado, reclamando su muerte en cruz y azuzando contra Él a los ejecutores.

En la Liturgia del Sagrado Corazón, la Iglesia dirige su mirada a aquella lanzada en el Calvario.

La Iglesia ha preparado ya para los hebreos la nueva visión que deberá compungirlos y convertirlos, abriendo a la humanidad las fuentes inagotables del Sagrado Corazón de Jesús. Fue el mismo Jesús quien reveló este secreto de amor y de conversión, y la Iglesia, tras haber meditado largamente su verdad y su grandeza, cuanto más se ha acercado a los

últimos tiempos, tanto más ha magnificado su esplendor para llevar al arrepentimiento a sus hijos ingratos.

Se puede decir que toda la Liturgia del Sagrado Corazón es una mirada de amoroso arrepentimiento hacia Aquel que fue traspasado por nuestros pecados: «He aquí...» — exclama la Iglesia en el himno de Vísperas— «la insolente y horrible multitud de nuestras culpas ha herido el Corazón inocente de un Dios que no lo merecía. El golpe de la lanza del soldado le señaló directamente nuestros pecados, y la punta del hierro cruel los puso en evidencia de modo mortal [...]. Es vergonzoso volver a las culpas que desgarraron este Corazón bendito; imitemos, en cambio, en nuestros corazones, las llamas reveladoras de amor».

En el Oficio de Maitines, su invitación es una llamada a mirar adorando a Aquel que fue traspasado: «Venid, adoremos el Corazón de Jesús herido por nuestro amor, porque en Él está la fuente de la vida». Él nos conduce al torrente de sus delicias (II Antífona del I Nocturno), siendo su gozo beneficiarnos con todo su Corazón, para que no nos apartemos de Él (I Responsorio del I Nocturno). Él se ha manifestado para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia (III Responsorio del I Nocturno), se ha hecho herir para reinar sobre todas las naciones (I Antífona del II Nocturno), para revelar a los pequeños los grandes tesoros de su amor escondido a los sabios (II Responsorio del II Nocturno) y para atraer a sí todos los corazones (I Responsorio del III Nocturno).

Él grita, invitando a todas las almas hacia Él: «El que tenga sed, que venga a mí y beba» (II Antífona de Laudes), porque nos ha amado con amor eterno y nos ha atraído a su Corazón por misericordia (III Antífona). Su Corazón es el arca que contiene la ley no de la antigua servidumbre, sino de la gracia, del perdón y de la misericordia; es santuario purísimo de la nueva alianza, es templo más santo que el antiguo, es velo más saludable que aquel otro que se rasgó en su muerte.

Su caridad quiso ser traspasada por un golpe visible de lanza para que nosotros veneráramos las heridas de su amor invisible (Himno de Laudes). «Miraremos al que traspasamos» (Antífona del Benedictus), «sacaremos con gozo las aguas de las fuentes del Salvador» (Vísperas).

No es sin motivo que el evangelista recuerda la profecía de Zacarías: «Mirarán al que traspasaron». Jesús espera, en efecto, a su pueblo ingrato desde el día en que fue traspasado, y se puede decir que desde entonces permanece con los brazos abiertos para llamarlos en su gran misericordia.

Nosotros, que pertenecemos a su Corazón amoroso, debemos cooperar con nuestras oraciones y con nuestro apostolado a la conversión de los hebreos para saciar el ardiente amor de Jesús crucificado, herido por amor. En estos tiempos de cambios radicales en el

mundo, pidamos que venga el Reino de Jesucristo y que se cumplan sus designios en todas las almas, para que todas respondan a su amor y se salven.

Se prepara la sepultura de Jesús

Después de que fueron quebradas las piernas a los ladrones y de que fue traspasado el Corazón de Jesús, los hebreos se apresuraron a hacer retirar los cuerpos de los condenados y a arrojarlos en la fosa común que tenían destinada, junto con los instrumentos del suplicio, considerados como algo sumamente repugnante.

Habrían querido hacer lo mismo también con Jesús, pero José de Arimatea se adelantó y pidió a Pilato permiso para tomar el Cuerpo divino y sepultarlo dignamente. Según la ley, los condenados no podían ser sepultados en las tumbas de familia, pero los romanos lo permitían a los parientes que lo solicitaban; Pilato, además, concedió de buen grado que Jesús fuese sepultado con honor, para darle al menos este testimonio de respeto, sabiendo que era inocente. Quizá el modo decidido y audaz —como señala san Marcos (15,43)— con que José pidió el Santo Cuerpo hizo suponer a Pilato que era su pariente.

Obtenido el permiso antes de quebrar las piernas de los ladrones, José se unió a Nicodemo, otro discípulo oculto de Jesús, y llevó unas cien libras de una mezcla de mirra y áloe para embalsamar el cuerpo. El tiempo apremiaba, porque ya caía la tarde, y, al no poder embalsamar completamente su Cuerpo, José compró una gran cantidad de aromas —cien libras eran más de 32 kilogramos—. Pensaba así llenar todas las vendas funerarias que debían envolver los miembros del sagrado Cuerpo y la gran sábana o sudario que debía cubrirlo por completo. La mezcla de mirra y áloe estaba en polvo y podía aplicarse con mayor facilidad y rapidez.

Jesús, bajado de la Cruz, es depositado en los brazos de su Madre y luego en el sepulcro

Ayudado por Nicodemo y quizá también por las mujeres piadosas, José descolgó el Cuerpo de la Cruz y lo puso en los brazos de María, como es tradición constante y como es lógico, pues el Hijo divino no podía ser entregado sino a la Madre: era Ella misma quien lo reclamaba.

¡Qué espectáculo sobrecogedor se presenta ante la Reina dolorosa! Desde lejos, aquel Cuerpo divino parecía herido en su conjunto, por así decir; pero, de cerca, aquellas llagas aparecían en toda su atrocidad. Ella las contempló una por una, las selló con sus ardientes besos y las regó con sus lágrimas. Vio en aquellas heridas toda la negra ingratitud de los

hebreos y todos los pecados de los hombres; vio también, con un amor inmensamente dolorido y agradecido, que su grandeza se debía a aquellas llagas y a aquella dolorosísima Pasión, porque Dios la había elegido, santificado y redimido anticipadamente precisamente en previsión de la Pasión y muerte de su Hijo.

María lloró: todas las profecías que la concernían anunciaban su llanto, y su tiernísimo Corazón no podía sino deshacerse en un llanto amarguísimo. Fue un llanto ciertamente contenido y sereno, como correspondía a una criatura tan perfecta, pero también fue un llanto ardiente y profundamente doloroso, como corresponde a una Madre.

No pudo dar rienda suelta por mucho tiempo a la intensidad de su amor sobre aquel Cuerpo divino, porque el tiempo apremiaba. José de Arimatea y Nicodemo lavaron uno a uno los miembros heridos, los envolvieron en lienzo con los aromas y después envolvieron todo el Cuerpo en una sábana limpia, como acostumbraban a hacer los hebreos.

José tenía, no lejos del lugar de la crucifixión, un huerto de su propiedad, en el cual había hecho excavar en la roca un sepulcro nuevo para su propio uso; así solían hacer los ricos en sus propiedades. Todo había sido dispuesto por la Providencia de Dios, sirviéndose de la misma libertad de su criatura; el hecho mismo de que José tuviera una propiedad en aquel lugar era providencial. Cuando la compró o la heredó de sus parientes, jamás habría pensado que la tumba que había mandado construir serviría para su Señor y Redentor.

Además, estaba tan cerca del lugar de la crucifixión que tanto este como el sepulcro quedaron incluidos después dentro del recinto de la basílica que más tarde mandó edificar santa Elena.

El sepulcro consistía en una cueva que se cerraba con una gran piedra; en esa cueva, sobre una especie de plataforma situada en el centro, colocaron el Cuerpo divino; luego hicieron rodar la piedra a la entrada y se marcharon tristes y en silencio, entre las primeras sombras de la tarde, orando.

En la Pasión de Jesús, el trazado de nuestra vida

Aquel sepulcro transmitía una sensación de paz, se diría de alivio, después de los duros sufrimientos padecidos por Jesús. Ya sus enemigos estaban lejos y no podían hacerle más daño; el drama sangriento había terminado. Aquella muerte fue, y es, la vida de los hombres, y aquel sepulcro expresaba precisamente el sentido de la vida que reposa tranquila en las manos de Dios.

El camino dolorosísimo del Redentor nos ha trazado, a través de sus sufrimientos, el camino de la paz en la tierra y de la felicidad en el Cielo; Él nos ha conquistado redimiéndonos, nos ha conquistado amándonos, nos ha vivificado uniéndonos a Él.

En el huerto había agonizado, sudando sangre por la angustia, convirtiéndose en Él como en un destilado amarguísimo. Nuestros pecados lo habían atormentado hasta el sudor de sangre, y su amor había consolado hasta derramar bálsamo sobre nuestras angustias. Traicionado por Judas, había cargado sobre sí todas nuestras traiciones al amor de Dios y todas las penas que nos vienen del pecado de las criaturas.

Había quedado solo, en manos de los verdugos, para sostener nuestra soledad y nuestro abandono en las penas de la vida, cuando somos víctimas de la injusticia humana.

Arrastrado ante jueces inicuos, había trazado con la sangre de los tormentos sufridos el camino de la consolación y del abandono en Dios en medio del estallido de los juicios humanos falsos, opresivos e injustos. Después de la reiterada proclamación de su inocencia hecha por Pilato, quiso Él, inocente, ser condenado, para hacernos a nosotros, culpables, inocentes, condenados a muerte eterna por nuestros pecados.

En su infinita caridad, ofreció su Cuerpo inocentísimo a los azotes, para cargar con los castigos que merecen nuestros pecados. Ofreció su cabeza a las espinas para reparar las culpas de nuestro orgullo y los pecados de quienes gobiernan.

Aparece revestido de sangre y de oprobio, sosteniendo un cetro de caña, Él que sostenía el eje del universo, para reparar las arrogancias orgullosas de los dominadores y los desvaríos de los reyes y de los jefes de Estado.

Recibió la pesada Cruz sobre sus hombros después de la injusta sentencia de muerte, subió al monte del dolor, se dejó crucificar para liberarnos y expiró para darnos la vida.

¿Y nosotros qué haremos por ti, Jesús dulcísimo? ¿Con qué te corresponderemos a tanto amor? Te daremos fidelidad en lugar de traición, memoria en lugar de olvido y un amor que se gloríe de ti en lugar del respeto humano; romperemos todo vínculo que nos ata al mal para consolarte en las cadenas con las que fuiste atado, mortificaremos nuestra carne y nuestro orgullo, y dejaremos que nos des vida.

Sin ti, oh Jesús Crucificado, la humanidad está retrocediendo hacia las cavernas de la prehistoria

El mundo insensato y perverso ha pretendido crear un nuevo evangelio diametralmente opuesto al tuyo y ha tenido la osadía de declarar fracasadas tus enseñanzas, selladas con tu Sangre en la Cruz, o de considerarlas indignas de su pretendida nobleza. Tu Pasión se

ha renovado y se renueva en la Iglesia, que gime, es traicionada, arrastrada ante jueces impíos, despojada de sus bienes, flagelada en sus miembros, coronada de espinas en sus jefes, crucificada en su vida, despreciada en su doctrina e inmovilizada en sus actividades, considerada como una malhechora.

Y, sin embargo, solo en ti y en tu Iglesia el mundo puede encontrar la salvación; y, si no vuelve a tu doctrina y a tu Cruz, ¿no es acaso por eso por lo que vemos el abismo de guerras, trastornos y revoluciones?

Se ha pretendido elevar como símbolos de vida y de grandeza otros símbolos que no son los de tu Cruz, y ya hemos visto a los falsos profetas del error proclamar un nuevo orden de doctrinas falsas y trastornar los grandes valores del espíritu. Para estos pseudocristos y pseudoprofetas se ha convertido en virtud la violencia del más fuerte, la opresión del poderoso y la exigencia desbordada del orgullo insaciable.

La humildad, la dulzura, el sacrificio heroico por alcanzar los bienes eternos, la caridad que se entrega por amor de Dios, que perdona, olvida el mal, hace el bien y ama, ya no cuentan. Ante este mundo embrutecido parece sublime solo el gesto de quien irrumpe, ametralla, asalta, hiere, mata y triunfa entre ruinas espantosas, pisoteando a los demás.

Sin tu Cruz, oh Jesús Crucificado, la humanidad retrocede hasta las cavernas de la prehistoria y se embrutece. Ha desplegado sus alas como águila no para elevarse, sino para caer con más facilidad sobre la presa y despedazarla con los picos de una barbarie refinada.

Ha devorado el espacio con la velocidad no para sentir menos la angustia de la materia, sino para aumentar su ansia.

Ha engrandecido sus fuerzas mecánicas no para dar primacía al espíritu, sino para hacer gigantesca la opresión de la materia y para hacer crecer hasta lo colosal el cuerpo de muerte que aprisiona el alma.

¡Es terrible! Donde pasa la civilización sin la Cruz pasa la devastación, y no deja más que ruinas y montones de cadáveres. Señor Jesús, venga tu Reino, vuelva el esplendor de tu Cruz, sean barridos los nuevos profetas de mentira y regrese a las almas tu paz.

¿No estamos de paso en la tierra para conocer, amar, servir a Dios y salvarnos? ¿Y no están las naciones reunidas para esto en la Iglesia? ¿Cómo es posible que una nación tienda toda hacia la materia, hacia el orgullo, hacia la violencia, hacia las pasiones desordenadas, y que las almas que la componen puedan al mismo tiempo tender al espíritu, a la humildad, a la mansedumbre, a la pureza y a la paz?

La civilización del imperialismo moderno, ¿no es acaso una civilización de barbarie espiritual? ¿De qué sirven tantas pretendidas grandezas si no sirven al alma o, peor aún, si

se oponen al alma? ¿Quién podrá jamás pretender borrar el signo de la Redención de las almas y sustituirlo por signos de una vida puramente material que las pierde?

Oh Jesús, crucificado por amor de las almas, levanta de nuevo tu estandarte victorioso entre las naciones, disipa la falsa civilización que nos asfixia, humilla a los soberbios y concede el triunfo de tu amor a tu Iglesia Santa.